

NEW LEFT REVIEW 93

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - AGOSTO 2015

NUEVAS MASAS

PABLO IGLESIAS	Entender Podemos	7
ENTREVISTA	España en la encrucijada	33

ARTÍCULO

MIKE DAVIS	La teoría perdida de Marx
------------	---------------------------

NUEVOS MEDIOS

FRANCIS MULHERN	Una fiesta de rezagados
-----------------	-------------------------

ARTÍCULOS

JOANN WYPIJEWSKI	Solo en casa
R. TAGGART MURPHY	Sobre el Japón de Shinzo Abe

CRÍTICA

JOSHUA RAHTZ	¿Flaquea el motor alemán?
EMMA FAJGENBAUM	Tzara aproximativo
VOLODYMYR ISHCENKO	Mitologías del movimiento Maidán

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

Andrew Wilson, *Ukraine Crisis: What It Means for the West*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2014, 236 pp.

VOLODYMYR ISHCHENKO

MITOLOGÍAS DEL MAIDÁN

Las anteriores publicaciones de Andrew Wilson sobre Ucrania le proporcionaron una reputación de historiador serio. Sus primeros libros –especialmente *Ukrainian Nationalism in the 1990s* (1997), *The Ukrainians* (2002) y *Ukraine's Orange Revolution* (2005)– se distinguían por tres notables características. En primer lugar, Wilson sostenía enérgicamente que aunque el nacionalismo ucraniano era una fuerza en el oeste del país – donde, cultivado bajo el dominio austriaco y polaco, tenía mayormente una fuerte inclinación derechista–, en el conjunto del país solamente tenía un limitado atractivo debido a la existencia de profundas divisiones históricas regionales, lingüísticas y étnicas. En *The Ukrainians*, Wilson insistía en que la «identidad nacional» ucraniana era esencialmente un producto de la era soviética. En segundo lugar, manifestaba claramente que desde 1990 el país tenía un lamentable historial económico y político; el Estado estaba totalmente colonizado por la oligarquía, las mafias y la corrupción; la sociedad civil seguía siendo muy débil. Wilson sostenía que era un mito el que la cultura política ucraniana fuera más tolerante, democrática y pluralista que la rusa. Por último, Wilson proporcionaba un detallado análisis de los diversos jefes y clanes de la oligarquía y de sus rivalidades. *Ukraine's Orange Revolution* alababa las protestas de 2004 y era moderadamente optimista en relación al régimen de Yúshchenko-Timoshenko que surgió de ellas.

Su último libro, mal titulado *Ukraine Crisis*, constituye una marcada ruptura en dirección, tono y género respecto a su anterior trabajo, lo cual puede

deberse en parte a la transformación del autor de historiador a activista dedicado a la política exterior: Wilson es ahora un investigador del European Council on Foreign Relations, un *think tank* generosamente financiado, modelado en la horma de su homónimo estadounidense, que desde su nacimiento en 2007 ha crecido para convertirse en un gran pulpo en el acuario de la UE. Esta posición le ha permitido alcanzar un papel entre bastidores en la diplomacia de la UE –hay una referencia casual a su presencia en la cumbre de Vilna de noviembre de 2013– y de hecho *Ukraine Crisis* estuvo parcialmente financiado con dinero de la Comisión Europea. El libro lleva la impronta de este cambio. Los lectores no deben esperar encontrar en sus páginas una equilibrada valoración de argumentos opuestos o un análisis sistemático de las fuentes disponibles seguido por conclusiones bien fundamentadas. En su mayor parte se trata de un relato unilateral y tendencioso de las protestas ucranianas del Maidán de 2013-2014, de la intervención rusa y de la guerra civil, basado en gran parte en informaciones de la red, entrevistas anónimas y una agitada prosa, todo ello reunido para respaldar una agenda política muy específica. Está impulsado no por el deseo de investigar lo que sucedió realmente y sus causas, sino para rebatir las críticas –de todas las tendencias– a la corriente neoliberal occidental. La naturaleza de la política rusa, la legitimidad del gobierno de Yanukóvich y el carácter de las protestas del Maidán están al servicio de ese objetivo.

En su introducción, Wilson insiste en que *Ukraine Crisis* no es un «libro antirruso» antes de pasar a ofrecer exactamente eso. El mensaje contra Putin se expresa en sus términos más burdos: «La clave para entender la Rusia moderna está en darse cuenta de que el país está dirigido por gente muy rara». Wilson afirma que los dirigentes rusos consideran que desde 1991 su país ha sido «constantemente humillado»; esta «humillación» externamente impuesta debe ser vengada ahora para recuperar su estatus de gran potencia. Niega que Rusia esté de ninguna manera «rodeada o amenazada» por la expansión de la OTAN. Su opinión es que el desplome de Rusia fue obra de sus propios oligarcas, la capa social que más se benefició de la caída del comunismo apoderándose del poder y la propiedad del Estado. Algunos de los grupos de oligarcas eran más ricos y tuvieron más suerte que otros; los «amigos de Putin» y los *siloviki* fueron capaces de monopolizar el poder eliminando a competidores peligrosos, marginando a los oponentes y manipulando a la población con una compleja dramaturgia redactada por «tecnólogos de la política». El último ejemplo de ello es el proyecto de «valores conservadores» de 2014, un intento de fortalecer una mayoría a favor de Putin después de las protestas de la oposición registradas en 2011-2012. Para Wilson, una monopolización similar del poder por parte de Yanukóvich y sus aliados fue bloqueada por las protestas del Maidán.

Wilson dedica unas cuantas buenas páginas a rebatir el argumento – ampliamente defendido por los oponentes ucranianos al Maidán– de que Yanukóvich era un presidente legítimamente elegido, derrocado por un «golpe de Estado» violento. Sostiene que el propio Yanukóvich fue el primero en romper las reglas de juego después de derrotar a Yulia Timoshenko en las elecciones presidenciales de 2010. Supuestamente mediante sobornos o amenazas, se aseguró la mayoría del voto parlamentario necesario para destituir a Timoshenko del puesto de primera ministra. Un año después de que Yanukóvich tomara posesión de su cargo, el Tribunal Constitucional ucraniano revisó el compromiso alcanzado entre las elites después de la Revolución Naranja de 2004, restaurando la vieja Constitución ucraniana de 1996 y desplazando el equilibrio del poder a favor del presidente. La imputación de Timoshenko por «abuso del cargo» empezó en mayo de 2011. Wilson tiene razón al decir que se trataba de un caso de persecución política, que ha de considerarse junto con otras iniciativas para monopolizar el poder. Pero desde una perspectiva estrictamente legal resulta cuestionable calificar a Yanukóvich de gobernante «ilegítimo». Sus acciones se mantuvieron dentro de los límites de los procedimientos legales, por lo menos en apariencia, y Timoshenko no era inocente de las acusaciones que había en su contra. El hecho de que sus partidarios pidieran la «despenalización» del artículo a tenor del cual fue sentenciada era un reconocimiento tácito de que realmente había violado la ley.

Yanukóvich prosiguió monopolizando el poder político en su propio beneficio y el de su «familia» –en el relato de Wilson, un clan al estilo de los Corleone de familiares cercanos y gente de confianza– mientras gradualmente desplazaba del pesebre a otros oligarcas. El autor cita a un periodista ucraniano que explica que el presidente «quería ser el hombre más rico de Europa del Este», y dedica muchas páginas a la corrupción y a los extravagantes estilos de vida de la camarilla gobernante. Las negligencias de su investigación se evidencian en su tratamiento de las supuestas cifras. En el espacio de tres frases, Wilson calcula que el expolio realizado por la *familia* se sitúa entre los ocho y los diez millardos de dólares anuales y que alcanza los cien globalmente, atribuyendo esta última cifra al primer ministro posterior al Maidán, Arseniy Yatseniuk. Wilson no se molesta en investigar los hechos, pero cien millardos de dólares es sin duda una enorme exageración. Los ingresos totales del Estado en 2014 no llegaron a los cuarenta millardos de dólares; si esta cifra fuera acertada, solamente la desaparición de Yanukóvich hubiera dado un gran impulso a la economía ucraniana. El hecho de que sucediera precisamente lo contrario debería haber dado a Wilson motivos para dudar de la afirmación de Yatseniuk y de la idea de que la corrupción de Yanukóvich, aunque evidentemente real, era el mayor problema al que se enfrentaba Ucrania.

En consonancia con este enfoque, Wilson sugiere que para Ucrania no había nada problemático en el Acuerdo de Asociación con la UE; los problemas radicaban en Yanukóvich y en Rusia. *Ukraine Crisis* sostiene que la elite mafiosa ucraniana era simplemente demasiado codiciosa: en vez de abrazar los «valores europeos» y la salvación de la reforma estructural de la UE, Kiev cambió al «modo soborno», alegando reclamaciones sobre el comercio perdido con Rusia. Wilson no ofrece ninguna discusión seria sobre las probables consecuencias económicas que el Acuerdo de Asociación iba (y va) a tener para Ucrania. La elección entre una zona de libre comercio con la UE o una unión aduanera con Rusia ponía en peligro a los remanentes de las industrias ucranianas de alto valor añadido, que en su mayoría estaban conectadas con las cadenas de producción exsoviéticas y tenían pocas posibilidades de sobrevivir en competencia directa con las empresas de Europa Occidental. En 2013, más de la mitad de las exportaciones ucranianas a la UE consistían en productos agrícolas e industriales de poco valor añadido y solamente el 13 por 100 procedía del sector de la máquina-herramienta; por el contrario, ese porcentaje se elevaba al 30 por 100 en las exportaciones efectuadas a Rusia y a otros países miembros de la Comunidad de Estados Independientes. Cuando estos costes se contabilizaban junto con las medidas de austeridad que acompañaban a las líneas de crédito del FMI, el gobierno ucraniano tenía abundantes motivos para intentar obtener mayores concesiones a cambio de firmar el Acuerdo con la UE.

Aunque el análisis de Wilson de la Ucrania contemporánea ha prestado una detallada atención a sus clanes rivales, nuestro autor nunca se pregunta si la monopolización del poder por parte de Yanukóvich y su «ruptura de las reglas del juego» respecto a la división de los activos, podía haber dado a algunos de los oligarcas desplazados y atemorizados un fuerte incentivo para apoyar, e incluso radicalizar, el Maidán a fin de eliminar una seria amenaza a su propio poder, riqueza y propiedad. Desde luego, una respuesta sería a esta cuestión exigiría una profunda investigación sobre el apoyo financiero, estructural y de los medios de comunicación que tuvieron las protestas, así como una detallada investigación sobre un cierto número de sospechosos episodios que supusieron una escalada de violencia aparentemente irracional. Esta cuestión es particularmente decisiva a la luz del resultado político del Maidán: a pesar de la fuerte movilización popular, de la retórica antioligárquica y de una generalizada falta de confianza en los partidos de la oposición establecidos, no hubo ningún desafío serio al proceso emprendido desde arriba de reasignación del poder después de la huida de Yanukóvich.

En la descripción que hace Wilson, el Maidán fue un levantamiento con mayúsculas: una protesta desde abajo, con demandas progresistas y un amplio apoyo popular por todo el país, que se defendió legítimamente contra la represión policial; la «revolución de la dignidad», como ahora se la

llama casi oficialmente en Ucrania. En la introducción de su libro, Wilson se esfuerza por encajar el Maidán dentro de un «ciclo de protesta global» más amplio, asociándolo con el movimiento Occupy Wall Street, los indignados españoles y las protestas de la plaza Tahrir en Egipto, aunque se ve obligado a señalar su *differentia specifica*, que le hace regresar a un mundo «singularmente ucraniano» y «anticuado» de lanzamiento de adoquines, cócteles molotov y violentos enfrentamientos con la policía en implícito contraste con las pacíficas y carnavalescas «revoluciones de Twitter». Wilson no se pregunta por qué los defensores del Maidán tomaron prestadas de la ola global de ocupación de las plazas solamente las tácticas, pero fueron tan diferentes en el planteamiento de su protesta y en su ideología. ¿Por qué los ucranianos ondearon banderas de la Unión Europea, cuando los manifestantes contra la austeridad dentro de esta lo más probable es que las quemaran y no enarbolaron estandartes de ningún poder exterior? ¿Por qué los activistas del Maidán no intentaron forjar vínculos de solidaridad con los movimientos de protesta de otros lugares? Estas diferencias y omisiones sugieren que el Maidán fue realmente una movilización de un tipo muy diferente, una movilización que solamente tenía un parecido superficial con los movimientos progresistas globales: había adoptado ciertos elementos de su repertorio de protesta, porque afrontaba problemas tácticos y opciones similares en choques con la policía, pero no compartía –o por lo menos no era capaz de articular– objetivos y reivindicaciones similares. El intento de Wilson de encajar una forma de movilización fundamentalmente diferente en la misma categoría que el movimiento de Occupy estadounidense, los indignados y la Primavera Árabe es realmente un movimiento retórico dirigido a proporcionar al Maidán una legitimidad de izquierda liberal.

Los dos capítulos de *Ukraine Crisis* sobre el Maidán son esencialmente un argumento contra sus críticos rusos. Evitan cualquier discusión satisfactoria sobre los temas que podrían complicar la narrativa de Wilson: la importancia de los elementos reaccionarios en el movimiento y los límites de su apoyo popular. Así, si todos los pasos represivos, irracionales, inconsistentes y finalmente autodestructivos de Yanukóvich se explican por su malvado deseo de retener un poder sin control, las escaladas de violencia y los incidentes desagradables por parte de los manifestantes se achacan fácilmente a *agents provocateurs* del gobierno, sin más evidencias que una dudosa fuente en la red o una entrevista anónima. La argumentación de Wilson sobre la corriente de extrema derecha del Maidán repite los típicos argumentos de que el Maidán era un movimiento diverso y multiideológico en el que los activistas del partido ultranacionalista Svoboda y de Pravy Sektor eran una minúscula minoría. Se nos asegura que los derechistas que participaron no eran realmente «fascistas» en el sentido estricto del término, así que no hay necesidad de temerles; el hecho de que fueran derrotados en

las elecciones de 2014 prueba que la «amenaza fascista» era poco más que un mito de la propaganda rusa. Wilson insiste en que, en cualquier caso, la extrema derecha estaba encubiertamente apoyada por el propio Yanukóvich como una oposición domesticada, que anteriormente ya había sido utilizada en «provocaciones» contra las protestas opositoras. Hay poca evidencia que corrobore esta afirmación —la fuente de Wilson es un artículo en una web pro Maidán—, aunque está ampliamente respaldada por los liberales ucranianos; convenientemente, ayuda a pasar por alto las causas internas que provocaron el ascenso de la extrema derecha, incluyendo la responsabilidad de los liberales anticomunistas.

Wilson no intenta responder a los evidentes argumentos que se oponen a sus afirmaciones sobre la extrema derecha. En primer lugar, las minorías radicales bien organizadas pueden desempeñar un papel desproporcionadamente importante dentro de los movimientos de protesta, y el Maidán ofrece una llamativa confirmación de esta regla. Nuestro trabajo en el Centro de Investigación Social y Laboral de Kiev (CISL) ha mostrado que los elementos de la extrema derecha eran los agentes colectivos más visibles en las protestas, sobre todo durante los episodios de violencia. En segundo lugar, la etiqueta que se ponga a la extrema derecha ucraniana —«fascista» o «conservadora nacionalista»— es menos importante que la necesidad de combatir sus antidemocráticas y xenófobas ideas y prácticas. En tercer lugar, al margen de que Yanukóvich tuviera éxito o no en explotar las actuaciones de la extrema derecha, esta tenía su propia agenda y solamente habría adquirido más espacio para ponerla en práctica. Finalmente, el apoyo electoral es solamente una dimensión de la influencia política. Si la extrema derecha está ahora legitimada como los héroes de la «revolución» y la guerra; si ha conseguido posiciones elevadas dentro del aparato de seguridad y se le ha permitido establecer unidades militares armadas bajo su control, estos hechos no pueden pasarse por alto ni justificarse en nombre del patriotismo, como muchos en Ucrania están dispuestos a hacer actualmente.

En *Ukraine Crisis*, el análisis de las dimensiones regionales de la protesta es sorprendentemente reducido, concentrándose desproporcionadamente en Kiev y dedicando menos de una página al Maidán en otras regiones. La investigación sistemática realizada por el equipo del CISL ha mostrado que solamente el 13 por 100 de las protestas del Maidán se produjeron en Kiev, mientras que dos tercios tuvieron lugar en las regiones del oeste y del centro. Un análisis más amplio del aspecto regional hubiera obligado a Wilson a reconocer que el Maidán no tenía un apoyo mayoritario en las regiones del sur y del este del país, que mayoritariamente habían votado a Yanukóvich. La reducida magnitud de muchos de los Maidanes del sureste fue probablemente una de las principales razones por las que fueron reprimidos con tanta facilidad. Además, si Wilson se hubiera detenido con más

detalle en los Maidanes de las regiones occidentales del país, se hubiera visto obligado a matizar su afirmación de que el Maidán no era una «revolución armada». El 20 de febrero de 2014, cuando Wilson describe a manifestantes del Maidán «apenas armados» en Kiev tiroteados por francotiradores (también sin identificar), Yanukóvich había perdido realmente el control de esas regiones, donde sus oponentes se habían apoderado de una gran cantidad de armamento de origen policial y militar –normalmente sin encontrar resistencia– y lo estaban trasladando a la capital. Oleksandr Daniliuk, líder de la organización de extrema derecha Spilna Sprava, manifiesta al propio Wilson que sus hombres abrieron fuego contra los francotiradores cuyas comunicaciones pudieron interceptar (Wilson no pregunta cómo lo hacían), utilizando armas de «diversas procedencias».

En otras palabras, el Maidán fue realmente un levantamiento armado que respondió a la esporádica violencia del gobierno con la suya propia, un movimiento que tenía un apoyo regional muy desigual y que contaba con una presencia muy importante de la extrema derecha. Obtuvo fuerza de la movilización popular masiva, pero no consiguió articular las quejas sociales, permitiendo que quedara representada políticamente por las fuerzas oligárquicas de la oposición. Finalmente, llevó al poder a un gobierno neoliberal-nacionalista en Kiev. ¿Qué clase de reacción se podía esperar de la gente de las regiones del sureste que habían votado por Yanukóvich y que no apoyaban los Acuerdos con la UE ni las protestas? Esta gente estaba asustada por la violencia del Maidán y por los primeros pasos del gobierno de Yatsenyuk contra el estatus de la lengua rusa. No hay duda de que semejantes temores fueron exacerbados por la propaganda televisiva de Moscú, pero, no obstante, tenían una base real. Para Wilson la respuesta es simple: sencillamente, se tenían que haber quedado en casa y no protestar en absoluto. Reduce realmente todo el «Eastern Imbroglio» –el título de su capítulo sobre los acontecimientos en el este de Ucrania– a la intervención militar rusa y a la manipulación oligárquica, presentando a la región de Dombás como un «Mordor criminal», que ahora ha dado lugar a una revuelta de la «chusma contra Ucrania». La discusión de Wilson de estos decisivos acontecimientos se apoya en fuentes incluso más débiles que los capítulos precedentes, basándose a menudo en los relatos de personajes ucranianos y occidentales cuyas inclinaciones son evidentes. Todo el capítulo sobre la posible implicación de Yanukóvich en el levantamiento de Dombás se basa en informaciones recogidas de un (desconocido) funcionario ucraniano de los servicios de seguridad, de anónimos «activistas del Dombás» favorables a Kiev y del periodista Dmytro Tymchuk, cuya falta de fiabilidad es bien conocida. De las ciento diecisiete notas, incluidas en el capítulo central sobre la guerra en el este, solamente dos citan a fuentes separatistas prorrusas.

Una perspectiva menos parcial—menos determinada por despreocupados estereotipos sobre la cultura del Dombás—reconocería que el movimiento contrario al Maidán en el este era la imagen refleja de los Maidanes del oeste. Ambas protestas estaban impulsadas por una mezcla de causas justas y miedos irracionales y ambos estaban en última instancia canalizados hacia una confrontación entre imperialismos, occidental y ruso, y nacionalismos, ruso y ucraniano, que se reforzaban mutuamente y competían entre sí. Aunque no hay duda de que Crimea fue objeto de una operación rusa especial, es una equivocación sugerir que todos aquellos que participaron contra los Maidanes descentralizados que tuvieron lugar en Donetsk, Lugansk, Járkov, Odesa y muchas otras ciudades eran irreflexivas marionetas de un proyecto similar. Tanto los análisis académicos como los de los medios de comunicación han tenido la tendencia a centrarse excesivamente en cuestiones culturales, prestando mucha menos atención a la base económica del regionalismo ucraniano y a las opciones políticas que se derivan de la misma. Las diferentes actitudes hacia el Acuerdo con la UE o hacia la unión aduanera con Rusia, las orientaciones geopolíticas diferenciadas regionalmente y la participación en el Maidán o en el movimiento contrario al mismo no son simplemente el producto de la historia y la identidad cultural; también están fundamentadas en intereses materiales en conflicto. Igual que alguien que vive en el oeste de Ucrania y tiene familiares que trabajan en España, Polonia o Italia puede desear una integración más profunda en la UE y la libertad de trabajar sin visados, su contrapartida en el este, con un empleo en la industria pesada, tendría interés en unas relaciones estables y pacíficas con Rusia. Estos intereses divergentes no son antagónicos: no estamos hablando de un conflicto de clase en el auténtico sentido del término, pero la competencia imperialista y nacionalista puede hacer que *parezcan* como mutuamente excluyentes.

La frenética narrativa de *Ukraine Crisis* está salpicada de errores elementales. Las inexactitudes de Wilson al calcular el intervalo entre las Navidades ortodoxas y las occidentales (habla de once días en vez de trece) o al determinar los acrónimos de las guerrillas nacionalistas de las décadas de 1940 y 1950 (el Ejército Insurgente Ucrania se convierte en el «Ejército Popular Ucrania») son sorprendentes en un autor que ha estado estudiando el país durante más de dos décadas. Otro error monumental es más grave. Wilson intenta calcular durante cuánto tiempo Crimea ha pertenecido a Rusia y a Ucrania respectivamente, llegando a la conclusión de que fue parte de Rusia solo durante trece años más y desechando sobre esa base las reclamaciones rusas de derechos históricos. El argumento no solo es bastante extraño en sí mismo —¿cuándo han tenido semejantes cálculos un significado político real que no sea legitimar dudosas y disputadas reclamaciones territoriales?—, sino que está basado en una premisa falsa: que la República

Socialista Soviética Autónoma de Crimea no era parte de Rusia antes de 1945. De hecho, era parte de la República Socialista Federativa Soviética Rusa, con un estatus claramente inferior al de Ucrania, Bielorrusia y otras Repúblicas Socialistas Soviéticas, que formalmente eran iguales que Rusia y podían incorporar ellas mismas a otras repúblicas autónomas dentro de sus fronteras. Este es un hecho elemental para cualquiera que esté familiarizado con la estructura de la URSS.

En algunos aspectos, los capítulos más reveladores de *Ukraine Crisis* son los que se refieren al contexto internacional. Una UE «posmoderna», insuficientemente marcial, es en gran medida la culpable del desastre. Siguiendo a Robert Cooper, Wilson sostiene que «dogmas del siglo XIX» como la soberanía del Estado y el poder duro han sido en gran parte reemplazados por la interacción inteligente, los actores no estatales y la soberanía compartida; aunque finalmente Wilson decide que la UE es una «mezcla» de factores posmodernos y viejas tradiciones del Estado-nación, estas últimas reforzadas por la crisis financiera de 2008. Rusia también mezcla lo tradicional con lo posmoderno, pero de una manera diferente. Aunque viajando en dirección contraria –desde la unión multinacional al tradicional Estado-nación–, Rusia «ha dado un salto» hacia una cultura política posmoderna que incorpora una manipulación extremadamente cínica donde «todo es permisible y no hay una verdad superior». Esto hace que la UE sea particularmente vulnerable, afirma Wilson, ya que la diabólica Rusia da la vuelta al «poder blando» occidental desplegando los valores occidentales contra el propio Occidente: fomenta sus propias quintas columnas de ONG, partidos políticos y otras estructuras prorrusas de la sociedad civil en los países vecinos; libra una «guerra de la información» a través de la televisión e Internet; imita movilizaciones de masas, insistiendo en la tolerancia por la diversidad, etcétera. No hace falta decir que Wilson no intenta realizar una comparación sistemática entre el poder blando europeo o estadounidense y la alternativa rusa, aunque se podría asumir con seguridad que la encubierta influencia rusa está mayoritariamente limitada a su entorno inmediato, a diferencia del alcance global de Washington. *Ukraine Crisis* afirma que el apoyo de Moscú a partidos, políticos y ONG simpatizantes en Europa del este alcanza los ocho millardos de dólares anuales, lo que sería sorprendente si fuera cierto: en comparación, Victoria Nuland daba una cifra de cinco millardos de dólares para los esfuerzos estadounidenses de «promoción de la democracia» en Ucrania durante toda la era postsoviética. Sin embargo, la única fuente de los cálculos de Wilson es una conversación con un ministro de Defensa lituano.

Ukraine Crisis concluye con un ataque a la pasividad de la UE. En el capítulo inicial Wilson había explicado que Bruselas «no puede hacer frente a grandes asuntos como Rusia o una guerra anticuada en el borde de Europa». Pocos Estados de la UE están gastando lo suficiente en armamento; hay que

arrastrarlos literalmente al combate. Afortunadamente, la OTAN se hizo cargo de bombardear Yugoslavia en la década de 1990, «salvando a Europa de su embarazosa inacción». Alemania es una pobre excusa para un responsable de la política exterior de la Unión Europea, ya que su historia en la posguerra [*sic*] descarta la utilización de la fuerza militar. A medida que retumbaban los combates en Dombás, con la «operación antiterrorista» de Kiev combatiendo la «cuestionable intervención» de Moscú, Berlín era culpable de un «pacifismo selectivo» al presionar a Ucrania para que «dejara las armas». Censurablemente, su primera prioridad era que la lucha debía detenerse «con independencia de quién fuera el culpable», lo cual permitió a Rusia negociar desde posiciones ganadas mediante la desestabilización en vez de presionar por recuperar la situación anterior. Todavía peor, la entrada de Ucrania en la OTAN puede no acelerarse tanto como le gustaría a Wilson. Este es el contexto para sus apelaciones a «verdades superiores» y «valores europeos» en pro de «la defensa de derechos y libertades básicos, que damos por hechos en Occidente». Junto con pasajes que demonizan el poder del adversario –previsiblemente, a Rusia se la compara con la Alemania nazi– y estigmatizan cualquier oposición como «tontos útiles», el consabido guion ideológico de Wilson simplemente sirve para legitimar intereses imperialistas y la movilización probélica en un tiempo de agudizada rivalidad entre Estados.

¿Qué pasa con el futuro de Ucrania? El mejor resultado para Wilson sería que Kiev recuperase la autoridad total sobre el este del país. Ha pedido que la UE trabaje «vigorosa y activamente» para controlar la frontera entre Rusia y Ucrania y para elevar las sanciones si Rusia no retira todo el equipo militar de las regiones separatistas. La segunda mejor opción sería que este conflicto congelado todavía pudiese permitir que Ucrania «se moviera hacia Occidente», como él dice; Wilson podría contemplar incluso que Kiev renunciase al Dombás, lo que podría desconcertar a Moscú, aunque rápidamente, añade, Occidente se opondría a ello, como lo haría mucha gente en Ucrania. No obstante, una Ucrania más pequeña podría ser «más manejable», escribe en *Ukraine Crisis*. Habría razones para esperar que su célebre «identidad nacional superpuesta o híbrida» pudiera consolidarse en una nueva «nación política», que no conocería ni al judío ni al heleno. Totalmente dependiente de Occidente para la ayuda financiera, sin ambiciones de esgrimir una política exterior independiente, esta Ucrania manejable pondría en práctica idealmente reformas neoliberales radicales al estilo de las implementadas por Saakashvili en Georgia.

Wilson admite que, lamentablemente, la clase de reestructuración «explosiva» sufrida por los Estados del Báltico en la década de 1990 debe descartarse actualmente, pero desestima la idea de que «la reforma económica conduciría a una explosión social»; este era «el mismo viejo pensamiento chapucero que había mantenido a Ucrania retrasada desde 1991».

Por el contrario, sugiere que el gobierno de Poroshenko-Yatseniuk debería ver la crisis en el este del país como una oportunidad para presionar en pro de cambios radicales en el resto del mismo. Las restricciones que pesaban sobre el nuevo gobierno eran en buena medida políticas: después del Maidán, «gran parte del viejo régimen permanecía intacto» y «la vieja oligarquía era, por lo menos temporalmente, más fuerte». Wilson deplora la decisión de Yatseniuk de incluir al partido de extrema derecha Svoboda en su gobierno como un «representante de la fuerza moral de las fuerzas radicales del Maidán»; pero es optimista por la introducción de precios de mercado para la energía y saluda la aprobación del Acuerdo con la UE. Con las políticas que recomienda, la factura por los servicios públicos se ha doblado; la inflación ha alcanzado el 60 por 100 en abril de 2015; y miles de millones de dólares en préstamos del FMI van directamente a los acreedores de Kiev. Las exhortaciones patrióticas pueden no ser suficientes para proteger al gobierno posterior al Maidán de un nuevo descontento.